

# UN DIA EN ARALAR

Por JUAN GURRUCHAGA

Llevábamos cincuenta minutos de ascensión, y ya habíamos llegado al Círculo de Hayas. Aspirando rápidamente para recobrar el aliento perdido en la subida de la inclinada ladera, nos apresuramos a desembarazarnos de las pesadas mochilas que llevaban ya muestras del sudor que empapaba nuestras camisas.

Hacía calor. El viento Sur arrastraba pesadas nubes plumizas que desfilaban majestuosamente, yendo a perderse tras las montañas que se elevaban al fondo del maravilloso telón que se extendía ante nosotros.

La visibilidad era perfecta. Las cumbres, extendidas en semicírculo, destacaban nítidamente sus moles sobre un fondo de cielo desgarrado, del cual descendían haces de rayos luminosos que resplandecían sobre las cimas favorecidas por la caricia solar.

Hernio y Gazume eran las preferidas, y desde la distancia a que nos hallábamos, podíamos discernir, a simple vista, las claras zonas rocosas que dan a Gazume ese simpático aspecto de cebra.

De algún lugar del amplio valle subió hasta nosotros el tañido de una campana. Las notas llegaban a nuestros oídos temblorosas y lejanas, pero parecían portadoras de un mensaje de paz.

Y paz era lo que se desprendía del maravilloso paisaje extendido a nuestros pies. Sentados sobre una roca, nos dedicamos a recorrer con la mirada las cumbres amigas que se destacaban en la lejanía. Las reconocíamos todas, y las nombrábamos con cariño de enamorados. Y luego le tocó el turno a los pueblecitos, y hasta a los caseríos, simples manchitas blancas vistas a tal distancia.

Pasaba el tiempo y aún teníamos que recorrer gran distancia antes de alcanzar nuestro objetivo. Con un suspiro de pesar volvimos a cargar nuestras mochilas. Apretamos el correa y proseguimos la subida.

Habíamos salido de Amézqueta a las ocho de la mañana, tomando el camino que, después de cruzar el puente de Artzopiberri sobre el río Amézqueta, se halla a la derecha de la carretera. Habíamos pasado sobre

el puentecillo tendido junto a las regatas de Loidi y Urzabal-Muitze, y dejando a nuestra izquierda las derruidas ruinas de un caserío, habíamos seguido el camino que se dirige recto hacia el Txindoki. Después de pasar frente al caserío Irarregi, habíamos tomado el camino que dobla hacia la derecha en ángulo muy agudo y que sube fatigosamente hasta llegar junto a un muro de piedra.

Los matorrales se hallaban cubiertos de telarañas que presentaban un fantástico aspecto, perladas de gotas de rocío, semejantes a joyas relucientes.

A campo través, después de penosa ascensión, habíamos alcanzado el Círculo de Hayas, «Urzabal-Goikoa», a 600 ms. de altura, de donde se dominan tan magníficas vistas.

Ahora tomábamos el sendero rocoso que, contorneando el contrafuerte de Mallaki, se adentra en la salvaje garganta de Urzábal. Al otro lado del barranco, las inclinadas laderas del Larraone se presentaban hoscas y sombrías.

Más tarde llegamos a «Txabola-zarra», ruinas de una borda, a 800 ms. de altura, donde el camino tuerce repentinamente a la derecha. Describiendo sinuosos zig-zags, fuimos ganando altura, en un áspero paraje, atravesando un derrumbadero que baja del Txindoki, cuya cumbre nos dominaba con su altura.

Poco más tarde alcanzamos la pequeña cascada de Muitze. En un paisaje caótico, el delgado hilo de agua desciende desde las lomas de Aralar, desplomándose en esta fresca zona rocosa.

Atravesamos una langa, y una vez salva-da la garganta roqueña, llegamos a los pastizales. Cumplimos con el rito obligado de restregar nuestras botas para no manchar la alfombra de hierba, y nos adentramos en las extensas praderas de Aralar.

Siguiendo el borde del arroyuelo, que más abajo forma la cascada de Muitze, nos dirigimos hacia las amplias lomas que se extendían, suaves, ante nosotros. Aún quedaban rebaños pastando en el praderío, y